



EUCLEA
O LA GRIEGA
DE TRIESTE

JOSÉ JUSTO

GÓMEZ DE LA CORTINA



NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA

EUCLEA O LA GRIEGA DE TRIESTE

(FRAGMENTOS DE UNA
CORRESPONDENCIA PARTICULAR)

JOSÉ JUSTO GÓMEZ
DE LA CORTINA

Alejandro Higashi
Presentación

Braulio Aguilar
Edición

Braulio Aguilar y Laura Águila Rivera
Notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica
Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,
Eliff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

José Justo Gómez de la Cortina, *Euclea o la griega de Trieste*
(*fragmentos de una correspondencia particular*)

Primera edición digital: 28 de noviembre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional
para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento
a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. José Justo Gómez de la Cortina
y una novela heterogénea

Alejandro Higashi 5

Euclea o la griega de Trieste

I. No quise dejar la Italia sin visitar a Venecia 19

II. Apenas empecé a tratar a algunas personas 25

III. Euclea nació el año de 1813 en la isla de Candía 35

IV. Euclea permaneció en Cefalonia 41

V. Siete meses después empecé a notar un trastorno 53

Noticia del texto 57

José Justo Gómez de la Cortina. Trazo biográfico 59

Notas 61

PRESENTACIÓN

José Justo Gómez de la Cortina
y una novela heterogénea
Alejandro Higashi

José Gómez de la Cortina, conde de la Cortina, no publicó *Euclea o la griega de Trieste* en 1841 para encontrar el reconocimiento de los intelectuales mexicanos. No lo necesitaba. Ya en 1835 había fundado y presidido la Academia de la Lengua, precursora, en parte, de la Academia Mexicana de la Lengua. Al frente de *El Zurriago Literario* (el zurriago era el látigo), había ejercido sus dotes como animador de las buenas formas en literatura, gracias al conocimiento de la gramática y la retórica, y crítico implacable del Romanticismo, a lo largo de unos seis meses y 22 números, desde el 27 de agosto de 1839 al 25 de enero de 1840.¹ Años después, en 1854, sería el anfitrión de una de las más recordadas fiestas ofrecidas al general Santa Anna; según Enrique Fernández Ledesma, esa noche “el Palacio Nacional se transformó en algo feérico”.² Su prestigio, bien asentado en el mundo cultural y en la sociedad del momento no requería de esta novela, firmada, como se firma lo

que no se apreciaba más allá de llenar algunas páginas felices, por sus iniciales, J. G. de la C. (de forma semejante había procedido con otro relato previo, “La calle de don Juan Manuel”).³ El periodismo cultural del momento, lejos de estar bien acreditado, era visto con la mayor desconfianza; en el prospecto de *El Zurrriago Literario*, presumiblemente escrito por el mismo José Gómez de la Cortina, avisaba que los periódicos culturales (“y principalmente los nuestros”) eran vistos como “archivos de calamidades públicas”, “instrumentos del despecho o de las maquinaciones de un partido” y “medios de saciar venganzas personales”.⁴

Pero *El Mosaico Mexicano*,⁵ donde se publicó la novela, sí parecía necesitar del prestigio del conde de la Cortina y de su agudo sentido crítico sobre la necesidad de escribir historias de algún interés y cobijarlas bajo un estilo literario digno. Iniciada hacia 1836 por Ignacio Cumplido, pero interrumpida en 1837 por la guerra de Texas, la publicación de *El Mosaico Mexicano* reinició con nuevos bríos en 1840 y alcanzó los 7 tomos en 1842, fecha en la que termina “porque haciéndose más voluminosa, su precio la haría inasequible para las personas de escasos recursos”.⁶ Si la publicación había conquistado la dicha de ser la primera en su tipo en México, miscelánea, coleccionable y acompañada por litografías y estampas coloreadas en alianza con Massé

y Decaen,⁷ necesitaba mejorar la calidad intrínseca de sus contribuciones. Aunque había iniciado como una imitación de *Le Mosaïque* francés desde su mismo título, poco a poco habría de alcanzar alguna identidad a través de la participación de más y mejores plumas locales (aunque esta orientación nacionalista sólo cuajaría hasta *El Museo Mexicano*).⁸ En el terreno de la novela romántica, con muy pocas excepciones,⁹ la nómina de lo recogido entre las páginas de *El Mosaico Mexicano* no pasaba de obras de relleno: novelas de tema medieval traducidas del *Magasin Pittoresque*, la *Revue Fashionable*, *El Museo de Familias* de Barcelona o simplemente tomadas del *Noticioso y Lucero de La Habana*.¹⁰ Si la opinión general sobre las traducciones solía ser adversa,¹¹ ya podemos imaginar la mala opinión de los ingenios de la época sobre las novelas cortas románticas. En el periódico jocosero de la imprenta de Vicente García Torres, por ejemplo, tenían la fama de servir para relleno de planas. En la sección final del único número conocido, del 12 de agosto de 1841, de *Un Periódico Más*, se apuntaba en la sección “Cosas para llenar” varias cartas de los lectores y un “Cuento romántico traducido del árabe al castellano por un autor que no entiende ni uno ni otro”; dicho cuento no concluía porque el cajista le endosaba al autor un “No siga vd.”, dado que “los artículos largos no gustan por lo común

a los suscritores: quieren cosas ligeras, sencillas”.¹² En la sección inmediata, titulada “El cajista y el redactor”, el cajista reclamaba con algún apuro que “todavía se necesita más original para completar el número”, pero ante la negativa del editor que declara ya no tener “por hoy más materiales a mano para dar”, suspira resignado: “no se moleste vd., señor: hay bastante ya. No me acordaba del Cuento Romántico”.¹³

Estas narraciones, en efecto, no destacaban por sus dotes literarias y resultaban, por el contrario, predecibles en sus desmayadas intrigas, superficiales en el plano moral y afectadas desde la perspectiva del estilo (a menudo traducidas con más prisa que decoro). Baste, como ejemplo, el desenlace de las *Aventuras y desgracias de Francisco Burget*:

Sólo esta pistola necesito, dijo Francisco transportado de cólera, descolgando el instrumento mortal que pendía de la pared: ‘mis males no tienen más remedio que la muerte’, y aplicándosela a la frente, dejó ir el tiro y llenó la pieza de humo y de sangre. El infeliz joven cayó exánime a los pies de Miss Rosa!!!.¹⁴

Primera novela original (es decir, que no se traducía de otra revista extranjera) y escrita en exclusiva para la revista de Cumplido, *Euclea o la griega de Trieste*

te empezaría a publicarse en el tomo VI de *El Mosaico Mexicano* y concluiría en el tomo VII. Podemos imaginar el interés que despertó entre el público su entrega inaugural por la mención explícita en la “Introducción” con que abre el tomo VII:

Con el fin de satisfacer a algunos de nuestros lectores, que nos han escrito para que se publique la conclusión del artículo titulado: *Euclea, o la Griega de Trieste*, cuya primera parte vio la luz pública en nuestro núm. 17 del tomo 6º, creemos conveniente advertir, que esta pieza, que debemos a un nuevo favor del Sr. general D. José Gómez de la Cortina, no ha podido finalizarse por las notorias atenciones de su autor; quien sin embargo de ellas nos ha ofrecido verificarlo cuanto antes, y desde luego disfrutaremos la satisfacción de insertarla, para no dejar trunco un artículo de tanto interés.¹⁵

La novela se presenta como un conjunto textual heterogéneo, “Fragmentos de una correspondencia particular”, cuya unidad garantiza la protagonista desde su mismo título, tan sugestivo como enigmático. Si el puro nombre (*Euclea*) y la mención a una geografía exótica (*la griega de Trieste*) no espoleaban suficientemente la curiosidad de su público lector, el editor acompañó la novela con una litografía deslumbrante en su mínima-

lismo: el busto casi de perfil de una hermosa y misteriosa joven con un tocado de red, dos trenzas y la mirada baja y melancólica de sus grandes ojos entornados por unas pestañas negras y abundantes. La presentación de Euclea no fue menos intrigante: la primera noticia que tiene el narrador de su existencia resulta macabra e inesperada. En la biblioteca pública en Padua, cuando el narrador expresa al bibliotecario su sorpresa por la falta de manuscritos griegos modernos y antiguos, se entera de un comisionado que viajó por Grecia para hacerse de algunos manuscritos, pero fracasó estrepitosamente: “se quitó la vida en un acceso de desesperación amorosa, viéndose desdeñado de una griega que es hoy célebre en Trieste por su hermosura y las circunstancias extraordinarias que se cuentan de su vida”.

A pesar del efectismo de este arranque, la novela transcurre en sordina por unas páginas más, entre los viajes del protagonista y algunos encuentros previos con amigos, hasta conocer a Euclea. La novela progresa como una híbrida acumulación de peripecias narrativas entre la novela de viajes y la digresión geográfica y pintoresquista, el cuadro de costumbres, la fábula política protagonizada por un tirano detestable, el predominio biográfico de un personaje que atrae distintas secuencias narrativas ante la falta de una anécdota consistente y, al final del relato, el clímax de un amor en plenitud

que fracasa, el suicidio contado al principio y la previsible muerte de la protagonista. Como sucede con las narraciones del periodo, las andanzas del narrador sólo sirven para conducirlo hasta la griega de Trieste, conocer la tragedia de esta mujer “nacida al mundo para servir de juguete al infortunio” y las circunstancias exactas del suicidio de Periani.

A menudo, leídos desde el siglo XXI, estos relatos fundacionales han sido caracterizados por la ingenuidad de sus intrigas, la superficialidad de sus estudios psicológicos y la facilidad con la que se sustituye lo verdaderamente literario por el pintoresquismo barato del cuadro de costumbres.¹⁶ Desde el siglo XIX, por supuesto, el nutrido público lector de estas obras se fijaba en aspectos muy distintos. Sin olvidar que *El Mosaico Mexicano* contaba entre sus suscriptores a distinguidos miembros de las clases política y cultural de su momento, así como centros de estudio,¹⁷ el conde de la Cortina aprovechaba las posibilidades técnicas del entrecruzamiento de géneros (característico del periodo ante la ausencia de un canon definido del cuento o de la novela corta), donde cabía prácticamente todo. Estas combinaciones, lejos de repugnar, aseguraban el goce de un público lector que precisamente estaba acostumbrado a encontrar la mayor variedad en estas misceláneas, donde a una explicación sobre la influencia de los

bosques en la formación de las lluvias seguía un artículo sobre los experimentos para reducir el gas ácido carbónico a estado sólido, la descripción de un cordero con dos cabezas que nació en Oaxaca (acompañada de una lucida litografía) o la navegación de Cristóbal Colón.

José Gómez de la Cortina iba y venía con soltura del relato de viajes, del ensayo histórico y geográfico y de la nota política, al relato literario, con extensas digresiones que a menudo incluían notas a pie de página.¹⁸ Quien llegaba a estas páginas en 1842, lejos de sentir aburrimiento por las frecuentes notas, más bien participaría del entusiasmo del anticuario ante la noticia sabrosa (fuera o no cierta y comprobable): la celebración en 1822 del Congreso de Verona para instaurar de nuevo el absolutismo en España, la antigüedad de Padua que puede remontarse hasta el siglo XII antes de Cristo, según datos recabados en las obras de Virgilio y Tito Livio, o la primera estatua de bronce fundida por Donatello; el nombre del bibliotecario (Gaetano Bioschi de Larino) o las noticias en los periódicos de la época sobre el suicidio de Alberto Periani en abril de 1830.

Conviven en este texto las acciones apresuradas de la narración con el preciosismo efectista de los referentes geográficos, pero también las descripciones donde la acumulación de detalles agradables a la razón se añaden

con orden y concierto uno a uno, como en la descripción inicial de Venecia:

Aquellos majestuosos edificios; aquel suntuoso templo de San Marcos, en donde brillan a porfía la elegancia griega y el lujo bizantino; aquel palacio ducal, tantas veces ensangrentado, y siempre silencioso, como el serrallo de Constantinopla; aquellas dos mil calles estrechas, tortuosas y sombrías, como la política del gobierno antiguo veneciano; aquella plaza de San Marcos, donde sin cesar resuenan promesas de amor y de venganza; aquel arsenal marítimo que aún parece esperar el tributo del mundo y dictar leyes a los mares conocidos; todo finalmente, todo cuanto yo veía estaba para mí lleno de vida, de encanto, de poesía y excitaba en mi corazón los mismos afectos que las situaciones más patéticas de un drama.

Una prosa que progresa y vuelve al mismo punto por medio de discretas anáforas (“Aquellos edificios [...], aquel templo [...], aquel palacio ducal [...], aquellas dos mil calles [...], aquella plaza de San Marcos [...], aquel arsenal marítimo”), que no teme aplicar el maquillaje del adjetivo a la imagen (los edificios son “majestuosos” y el templo, “suntuoso”) y avivar con ello las tensiones (esas dos mil calles con “estrechas, tortuosas y sombrías” como “la política del gobierno antiguo veneciano” cuya

historia violenta no puede desvincularse de la belleza de su presente). Aunque en alguna ocasión y con poco tino se ha celebrado el refinamiento estilístico de esta prosa como un antecedente temprano del modernismo,¹⁹ el conde de la Cortina está muy lejos de ser modernista: confía, en realidad, en que los talentos naturales sólo podían cultivarse con erudición y estudio.²⁰

Algunos episodios expresan enérgicamente el maridaje de la erudición y la eficacia narrativa; cuando el personaje de *mister* Des Essards alaba la soltura con la que el pueblo griego se arroja al placer (dice que “creían adorar a sus dioses, y en rigor no adoraban más que al deleite, verdadera divinidad, diversificada de mil modos, que había destronado a las otras y que presidía en todas las ceremonias religiosas”), el caudaloso listado de ejemplos podría aburrir por su detalle y amplitud, procedente de las *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard (véase la Noticia del texto), pero en la pluma de José Gómez de la Cortina no hace sino hechizar por su vigor, agilidad y pulida prosodia que ejemplifica la dignidad que podía alcanzar una buena traducción:

Homero pinta los cielos y la tierra conmovidos, y a los dioses y a los héroes en guerra abierta por la hermosa de Helena; Apolo dispara sus saetas y difunde la peste

en el campo de los griegos por vengar a la hija de Crises; el rapto de Briseida es el motivo de la cólera de Aquiles y el argumento de toda la *Iliada*; las sangrientas guerras del Peloponeso y de Megara fueron ocasionadas por la bella Simeta; la guerra de los tebanos, llamada *sagrada* y que duró diez años consecutivos, se originó por la hermosa Teano; Megista causó otra guerra semejante; dos mujeres, Olimpia y Eurídice, encendieron la discordia entre los tesprotos; un sueño de una mujer levanta al Asia contra Grecia; Atosa arma a Darío y a Jerjes y las cortesanas de Corinto excitan el entusiasmo bélico de toda la Grecia.

Estas secuencias representaron una ocasión para el lucimiento de quienes tuvieron la fortuna de leer estas historias en voz alta dentro de las tertulias de la época. Hoy, la lectura en voz alta se practica poco y mal, pero en el siglo XIX fue la oportunidad de dotar de alma a la letra impresa. Lo que en la página parecía repetitivo, esquemático y hasta confuso, al llegar al teatro de la voz por la espontánea intervención de un buen lector o lectora (y seguro que había muchos) cobraba esa densidad característica de la buena prosa. En una de las narraciones de *El Mosaico Mexicano*, Napoleón Bonaparte nunca se vio más interesante que cuando “daba rienda suelta a su imaginación ardiente y a su amor por lo maravilloso,

o para hablar con más propiedad, a su deseo de producir efecto, que era una de sus pasiones más fuertes, y contaba pequeñas novelas”.²¹ Entonces, “inspirado por el argumento, recorría el salón con pasos apresurados, variaba la entonación de su voz según el carácter de los personajes que figuraban en la escena, parecía que se multiplicaba para desempeñar los diferentes papeles, y ninguno tenía necesidad de fingir un terror que sentía realmente y que él se complacía en ver pintado en el semblante de las personas que lo rodeaban”.²²

EUCLEA O LA GRIEGA DE TRIESTE

No quise dejar la Italia sin visitar a Venecia, ciudad de poéticos y misteriosos recuerdos, país de amor y de poesía en mi concepto; pero “de un amor que mata, y de una poesía que desencanta”, según la opinión de mi compañero de viaje, filósofo algo más que severo, aunque dotado del espíritu de tolerancia propio de un carácter formado por la virtud y el conocimiento del mundo.

Salimos, pues, de Verona en donde nos entristecía sin cesar el recuerdo de aquel célebre Congreso que celebraron los soberanos del Norte de Europa para cohonestar uno de los mayores atentados que ha cometido la tiranía contra la libertad de los pueblos;²³ entramos en Padua no menos célebre por la antigüedad que le da el príncipe de los poetas latinos,²⁴ que por haber sido patria de Tito Livio, de Paladio, de Galileo y de Petrarca, y por conservar en su plaza de San Antonio la primera estatua de bronce que fundieron los modernos.²⁵

Aquí, como en casi todas las ciudades antiguas y populosas de Italia, abundan considerablemente las pinturas, las esculturas antiguas y modernas, y en ge-

neral las obras maestras del arte; no es extraño, por consiguiente, que nos resolviéramos a detenernos en esta ciudad, y que nos moviera a prolongar nuestra permanencia en ella el placer con que descubríamos cada día alguna cosa nueva para nosotros, y digna de nuestra atención. Uno de los establecimientos que más ocupaban la mía era la biblioteca pública compuesta de 70 000 volúmenes, y confiada al cuidado de un bibliotecario tan sabio como modesto y complaciente.²⁶

En una de nuestras frecuentes conversaciones tratamos de la literatura griega, y le manifesté la extrañeza que me causaba no ver en aquella tan rica biblioteca ningún manuscrito griego moderno, hallándose Padua, por decirlo así, a las puertas de Grecia.

—No es usted —me contestó el bibliotecario— el primero que advierte esa falta; pero deseando remediarla, he conseguido del gobierno la autorización necesaria para adquirir todos los manuscritos de esa especie que ofrezcan algún interés, y ya poseería la biblioteca una colección bastante numerosa, si no hubiésemos tenido la desgracia de perder repentinamente y de un modo lastimoso la persona que comisioné para que recorriese la Grecia y recogiese manuscritos y códices griegos antiguos y modernos.

”Sin embargo, pocos días antes de morir, me envió desde Trieste, a donde acababa de llegar, un legajo que

estoy examinando actualmente, y en el que no he descubierto hasta ahora más que algunas canciones populares, y otras que pueden pasar por himnos guerreros, porque a esto creo se reduce toda la literatura de los griegos modernos, a lo menos la que tenían hasta el momento de su emancipación”.

Aunque esta noticia excitó mi curiosidad literaria, quise antes saber cuál había sido el trágico fin del comisionado.

—No estoy impuesto todavía —continuó el bibliotecario— en los pormenores de ese suceso, porque aún es muy reciente;²⁷ sólo he sabido que Periani (así se llamaba el comisionado) se quitó la vida en un acceso de desesperación amorosa, viéndose desdeñado de una griega que es hoy célebre en Trieste por su hermosura y las circunstancias extraordinarias que se cuentan de su vida.

No me hizo mucha impresión esta respuesta por el pronto, y así fue que, durante la travesía de Padua a Venecia, apenas hablamos mi amigo y yo de aquel acontecimiento, bien que no contribuía poco a excitar otras ideas en nuestra imaginación el aspecto singular que iba ofreciendo a nuestra vista el país que recorríamos, a medida que nos acercábamos a la costa del Adriático.

Pronto tuvimos el gusto de descubrir aquellas lagunas de agua verdosa y estancada que parecen confun-

dirse con el mar, y forman el vastísimo lago en que se halla fundada Venecia; y no bien percibieron nuestros ojos aquella ciudad histórica y misteriosa, cuando empezó mi fantasía a recrearse en las góndolas doradas, en las venecianas de ojos negros, en las barcarolas nocturnas, en los cantos religiosos de los monjes armenios, y en todo lo que puede divinizar las cosas de la tierra.

Así, hallándose mi espíritu tan favorablemente dispuesto a embellecer las impresiones producidas por los objetos que me rodeaban, puedo asegurar que difícilmente habrá experimentado ningún viajero sensaciones más agradables que las que sintió mi corazón mientras permanecí en Venecia; y yo no sé si me equivoco, pero me parece que hay ocasiones en que los recuerdos ejercen más poderío en el alma que los sucesos reales y las cosas verdaderas.

Tal vez si hubiera yo encontrado al dux por las calles de aquella ciudad; si hubiera yo visto expuestas a la expectación pública, en la balastrada del palacio de San Marcos, las cabezas de las víctimas que sacrificaban los terribles inquisidores de Estado a la conservación de un sistema de política peculiar de aquellos tiempos y de aquella república, no hubiera yo sentido más que los efectos del horror, del miedo y de la amargura; mi alma se hubiera ahogado en un mar de sangre y destrucción,

y no habría podido considerar a la naturaleza humana sino en toda su miseria y en toda su fealdad.

Pero muy otros eran los sentimientos que entonces me animaban. Aquellos majestuosos edificios; aquel suntuoso templo de San Marcos, en donde brillan a porfía la elegancia griega y el lujo bizantino; aquel palacio ducal, tantas veces ensangrentado, y siempre silencioso, como el serrallo de Constantinopla; aquellas dos mil calles estrechas, tortuosas y sombrías, como la política del gobierno antiguo veneciano; aquella plaza de San Marcos, donde sin cesar resuenan promesas de amor y de venganza; aquel arsenal marítimo que aún parece esperar el tributo del mundo y dictar leyes a los mares conocidos; todo finalmente, todo cuanto yo veía estaba para mí lleno de vida, de encanto, de poesía, y excitaba en mi corazón los mismos afectos que las situaciones más patéticas de un drama...

II

A penas empecé a tratar a algunas personas de Venecia, y a concurrir a los teatros, a los casinos y a otras reuniones públicas, cuando noté que no se hablaba más que de la griega de Trieste, cuyas aventuras, sumamente desfiguradas, según vi después, eran por aquellos días el asunto favorito de todas las conversaciones. Citábanla como un fenómeno de hermosura, de talento y de delicadeza en amor; y para encarecer más su mérito, corrían de boca en boca los nombres de las personas que habían ido de Venecia y otros puntos a Trieste, con sólo el objeto de conocerla.

El recuerdo de lo que me había referido en Padua el bibliotecario, respecto de la griega, vino repentinamente a fomentar la exaltación de mis ideas y hacerme abrazar el proyecto de aumentar el número de aquellos viajeros entusiastas, además de que complacía infinito a mi gusto la esperanza de ver un país nuevo para mí, y tan interesante como es la Iliria. Sin perder un momento comuniqué mi propósito a mi amigo, pero acostumbrado éste a no ceder tan fácilmente al entu-

siasmo, quiso más bien permanecer en Venecia y esperar mi regreso para que continuásemos después juntos nuestro viaje. A la mañana siguiente, emprendí yo el mío, en un buque de vapor que en poco más de tres horas me condujo al puerto de Trieste.

Esta ciudad, que en otro tiempo fue la capital de la Iliria y el principal puerto de la Austria, se engrandece de día en día por las franquicias y libertades que en ella se conceden al comercio, y puede decirse que es el punto de reunión de todas las naciones del mundo civilizado. El interés y la esperanza producen allí escenas que solamente podrá comprender el que esté bien versado en el estudio del corazón humano. Es una sensación difícil de explicar la que se siente al ver discurrir por aquellas calles al ruso dando el brazo al angloamericano; a un portugués conduciendo en su carruaje a un turco; a un catalán esmerándose en obsequiar a una griega, y a los soldados austriacos deponiendo su gravedad nacional en los saraos de los marineros sicilianos.

...Quiso la casualidad que me alojase en la misma posada en que vivía *mister* Davrillé des Essards, coronel francés tan apreciable por su bello carácter como por su vasta y exquisita instrucción, y a quien había yo tenido el gusto de tratar en Madrid y en París pocos años antes. Hallábase en Trieste de paso para Grecia a donde lo arrastraba el deseo de visitar un pueblo cuya

historia le había inspirado siempre particular interés. Esta circunstancia, tan favorable a mi intento, hizo que empezase yo a tener noticias ciertas de la célebre griega, pues *mister* Des Essards la conocía, y era uno de sus más exaltados panegiristas.

—Está usted en una ciudad —me dijo *mister* Des Essards— en donde abundan hoy tanto los griegos, que puede hacerse un estudio formal de ellos sin necesidad de ir a buscarlos a su patria, porque es una nación tan apegada a sus usos y costumbres, que llevan la Grecia entera a donde quiera que van. Sin salir de Trieste puede usted ver las danzas de los griegos, sus matrimonios, sus entierros, sus diversiones públicas y domésticas, sus ceremonias religiosas, en una palabra, puede usted creerse en medio de Atenas o de Corinto.

”Yo no continuaría mi viaje si no me propusiera estudiar la topografía de ese país tan rico de encantadores recuerdos, y examinar por mí mismo los resultados de un gobierno que los gabinetes europeos se han visto obligados a amoldar al estado social de la Grecia emancipada...

”Por las tardes se reúnen casi todos los griegos de esta ciudad en el campo inmediato al fuerte que destruyeron mis compatriotas en 1813; allí se entregan a toda la efusión de alegría y de contento que naturalmente les inspira la idea de verse libres y dueños de sus acciones, y

es muy probable que encontremos entre ellos a Euclea, la bella griega que tanto desea usted conocer, y que es la causa de que tenga yo la satisfacción de hallarme con usted en Trieste”.

No fue necesario que *mister* Des Essards me instara ni una sola vez para que yo admitiese su oferta; en la tarde de aquel mismo día, que era precisamente un domingo, nos dirigimos al sitio que me había indicado, y en él vimos la escena más graciosa y pintoresca que puede forjarse la fantasía. Una multitud de griegos de ambos sexos y de todas edades y condiciones, repartidos en diferentes grupos, buscaban en las danzas y en los placeres campestres el descanso de las fatigas del día, y el remedo de los regocijos patrios. Unos bailaban la *romeka*, otros la *albanesa*, otros cantaban canciones nacionales y todos, sin excepción, contribuían a la alegría general.

—Vea usted aquí —me decía *mister* Des Essards— el carácter de esta nación. Los antiguos griegos se abandonaban con un ardor increíble a la celebración de sus fiestas: en los días feriados, las poblaciones enteras se precipitaban en los placeres, y observaban esta práctica como una ley sagrada. Los griegos creían adorar a sus dioses, y en rigor no adoraban más que al deleite, verdadera divinidad, diversificada de mil modos, que había destronado a las otras, y que presidía en todas las cere-

monias religiosas. Los griegos actuales no son menos dados a las fiestas, ni las celebran con menos exactitud, aunque éstas hayan cambiado de carácter...

”Las pompas exteriores del paganismo difundían en ellas cierto encanto misterioso que se introducía hasta en lo interior de las familias, y dejaba a la imaginación llena de ideas nobles, halagüeñas y grandiosas. Todas las instituciones de la Grecia propendían a excitar y desarrollar la sensibilidad del hombre; por eso tenía en ellas una parte tan principal el bello sexo.

”Homero pinta los cielos y la tierra conmovidos,²⁸ y a los dioses y a los héroes en guerra abierta por la hermosura de Helena;²⁹ Apolo dispara sus saetas y difunde la peste en el campo de los griegos por vengar a la hija de Crises; el rapto de Briseida es el motivo de la cólera de Aquiles y el argumento de toda la *Iliada*; las sangrientas guerras del Peloponeso y de Megara fueron ocasionadas por la bella Simeta;³⁰ la guerra de los tebanos, llamada *sagrada*, y que duró diez años consecutivos, se originó por la hermosa Teano;³¹ Megista causó otra guerra semejante; dos mujeres, Olimpia y Eurídice, encendieron la discordia entre los tesprotos;³² un sueño de una mujer levanta al Asia contra la Grecia;³³ Atosa arma a Darío y a Jerjes, y las cortesanas de Corinto excitan el entusiasmo bélico de toda la Grecia;³⁴ la hermosura de Artemisa aumenta el precio de la victoria

de Temístocles en Salamina;³⁵ otra mujer entra en la conspiración de Harmodio, y Atenas le erige una estatua...³⁶

”En todos los grandes sucesos de la Grecia hallará usted la presencia y la influencia de las mujeres. Estos seres delicados y débiles, después de brillar en el teatro del heroísmo reinan en las escuelas de la filosofía. La bella Aspasia la enseña a Sócrates, muestra a Pericles los principios más elevados de la política, y abre al público una escuela de placeres y de elocuencia. La hermosa Hipareta dirige el compás de Euclides, y la voluptuosa Leoncio dicta a Epicuro el código de los deleites.

”Todo es sublime, dulce y noble en la historia de Grecia; todo participa de esa elevación moral que no consiste en la servil sujeción a pueriles preocupaciones, sino en el vuelo de pasiones generosas. Los legisladores griegos, lejos de comprimir estos poderosísimos resortes procuraron darles una dirección brillante y útil.

”El trato de las mujeres, su insaciable deseo de agradar, su sensibilidad inexplicable, sus afectos violentos o vagos, todo sirvió de instrumento a la política y a la moral; endulzaron las costumbres; dejó el valor de ser feroz; dieron entrada los corazones a los sentimientos tiernos; la necesidad de agradar se hizo común a los hombres y a los objetos; y las tinieblas de la preocupación y de la barbarie se disiparon al apuntar la aurora

de la sensibilidad y del buen gusto. De aquí nacieron las artes; y el culto que se tributaba a la belleza imprimió la imagen de ésta en todas las producciones del ingenio. El gobierno griego, lejos de afearla, como lo hizo nuestra bárbara y gótica Europa, con leyes ridículas y necias, divinizó su imperio y la generalizó cuanto pudo.³⁷ Ésta es la razón porque en las figuras griegas se advierte desde luego la expresión de la dulzura, de la sensibilidad y de la nobleza, al paso que en las fisonomías bárbaras sólo se descubren pasiones mezquinas y sombrías...

”Pero ¿qué más? Fije usted la atención en las danzas que tenemos delante, y en los cantos que estamos oyendo; vea usted esos pasos y esas actitudes tan graciosas ejecutadas al compás de una canción de montaña, cantada en coro por más de veinte voces femeninas, y cuyo estribillo repiten todos los concurrentes; repare usted en la armonía tan suave y patética que resulta de esta acción simultánea, de esta poesía que se introduce en el alma por los sentidos del oído y de la vista, y dígame usted francamente si son comparables con esto los lánguidos y fríos bailes de nuestros países civilizados...”

El placer con que escuchaba yo a *mister* Des Es-sards era igual al entusiasmo con que él se explicaba, y no hubiera terminado tan pronto sus reflexiones, si no

nos hubiesen obligado a interrumpirlas algunos griegos que estaban cerca de nosotros, los cuales, dirigiendo la vista hacia la ciudad, repitieron varias veces el nombre de Euclea.

—Por fin va usted a verla —me dijo *mister* Des Es-sards— y yo tendré el gusto de proporcionar a usted la satisfacción que tanto desea, porque no podrá usted menos de sentirla, y muy grande, cuando trate a esa mujer verdaderamente encantadora.

En efecto, a poca distancia vi venir a Euclea apoyada en el brazo de un inglés, a quien mi amigo y yo habíamos conocido en Suiza, y acompañada de otras personas que formaban una comitiva bastante numerosa. Suspendiéronse las danzas; varias jóvenes griegas corrieron hacia ella para saludarla, y todos manifestaron el gusto que les causaba su presencia. Yo quedé absorto al ver a Euclea, y bien convencido de que los elogios que había oído hacer de su hermosura eran muy inferiores a la realidad. Su rostro y su talle me parecieron el tipo de la belleza ideal, y en sus facciones vi animadas por todo el fuego de la vida las formas divinas que nos presentan los modelos de la escultura griega.

Mister Des Essards me sacó de la especie de arro-bamiento en que me hallaba para presentarme a Euclea, y confieso que en aquel instante sentí una sensación indefinible, causada por el contento de ver cumplido

mi deseo y, al mismo tiempo, por el temor de que no pudiera yo explicarme con Euclea, si acaso ésta no hablaba más idioma que el suyo; ¡pero cuál fue el alivio que sintió mi corazón cuando la oí dirigirme la palabra en francés!...

Aquella primera conversación, aunque reducida a asuntos generales, fue más que suficiente para hacerme formar de Euclea el concepto que he conservado hasta el día de hoy. Después, cuando ya la traté con alguna intimidad, y que pude conocer a fondo su carácter, no extrañé que hubiese habido un hombre capaz de darse la muerte por ella...

III

Euclea nació el año de 1813 en la isla de Candía, llamada antiguamente Creta, célebre por sus cien ciudades, su laberinto, su minotauro, y por otras muchas de las maravillas con que los griegos sabían embellecer la historia.

Demetrio Narsés, padre de Euclea, era uno de los montañeses menos pobres de la serranía de Sfakiá; pero dotado de un alma grande y de pasiones nobles y fuertes, no podía llevar en paciencia las vejaciones y el horrible despotismo del gobierno otomano. Por mucho tiempo estuvo proyectando abandonar su desgraciada patria, y trasladarse a Cefalonia con toda su familia; pero como sus cortos bienes no eran suficientes para que pudiese hacerlo por entonces, se determinó, de acuerdo con su esposa, a probar antes fortuna dedicándose al comercio.

A este fin se convino con el dueño de un buque marsellés que casualmente se hallaba en Rétino y, dejando a su familia al cuidado de sus parientes y amigos, se hizo a la vela para Esmirna. En 1820 regresó a Candía a participar a su esposa el feliz resultado de

su determinación, pues en menos de siete años había logrado reunir un moderado capital, visitar los principales puertos de Europa y adquirir una infinidad de conocimientos que le sirvieron para educar a Euclea.

Narsés se complacía al considerar cada vez más cercano el momento de su libertad, pues sólo aguardaba a vender su mezquino patrimonio y aprovechar la llegada de un buque que se dirigiese a Cefalonia directamente, o a la isla de Cérigo, cuando faltó poco para que viera disipadas todas sus esperanzas, y perdido todo su trabajo.

La tiranía del gobierno turco había condenado a los infelices griegos de Candía a no poder ausentarse ninguno del lugar de su respectivo domicilio, y mucho menos de la isla, sin licencia particular, que sólo se obtenía mediante el pago de una contribución graduada por el brutal bajá, según su capricho. Por lo común nunca exigía éste menos de veinticinco pesos por persona, cuando la licencia era para dentro de la isla; ni menos de ciento cuando era para fuera, debiendo pagársele estas cantidades en moneda corriente, o el doble de ellas en frutos del país. Los griegos de Candía eludían estos pagos siempre que les era posible, y muchos se amparaban del pabellón inglés que por aquel tiempo protegía la traslación clandestina de ellos a las Islas Jónicas; pero aun estos mismos actos de

desesperación servían de pábulo a la rapacidad del bajá, porque en semejantes casos se apoderaba de todos los bienes del prófugo, y así es que el mismo bajá incitaba muchas veces a la desobediencia, por medio de mil rateras astucias, a los griegos candiotas que poseían en la isla algunos bienes.

Narsés había pagado la cuota que se le impuso, al ausentarse de Candía; pero a su regreso ya gobernaba la isla otro bajá más feroz que el primero y mucho más fecundo en arterías para satisfacer su insaciable codicia. Narsés cometió la imprudencia de enviar una corta limosna en moneda de oro al convento de San Eleuterio, situado cerca de Canea, y esto bastó para que el bajá exigiese de nuevo a Narsés una cantidad excesiva, dando por pretexto que el anterior gobernador no había graduado convenientemente la primera cuota.

Era imposible a Narsés pagar lo que se le pedía porque, conociendo ya el carácter turco, había dejado todo su dinero en una casa de comercio de Trieste, y sólo llevó consigo la cantidad necesaria para los gastos de su emigración. Muy pronto se vio obligado a huir de su propia casa para librarse de los tormentos que sabía le esperaban si llegaba a caer en manos del bajá, y a internarse en lo más áspero de aquellas montañas, que al fin tuvo que abandonar del mismo modo, por haberse visto precisado a dar muerte, en defensa de su propia vida,

a uno de los agentes secretos que empleó aquel tirano para que lo condujesen a su presencia vivo o muerto.

Creyéndose perdido sin remedio por este incidente, se refugió a bordo de un buque maltés, y llegó a Patrás en diciembre de 1820. Antes de estos sucesos había solicitado Narsés la protección del gobierno británico, y no le había sido difícil conseguirla, porque afortunadamente el cónsul inglés que residía entonces en Candía, *mister* W. A. Onslow, era sumamente ilustrado, enemigo irreconciliable de toda especie de tiranía, y por consiguiente defensor acérrimo de la causa de los griegos. En el tiempo que trató a Narsés, pudo apreciar las bellas cualidades que lo distinguían del resto de sus compatriotas, y desde entonces le dispensó constantemente su amistad y protección.

Cuando llegó a noticia del bajá la fuga de Narsés, mandó apresar y encerrar en la fortaleza de Réтино a toda aquella desgraciada familia, y viendo el tirano la rara hermosura de Euclea, aunque apenas contaba ésta ocho años de edad, determinó venderla a un comerciante de Esmirna dedicado al tráfico de esclavos en Constantinopla.

Así hubiera sucedido, a no interponer *mister* Onslow su mediación, reclamando enérgicamente al bajá la familia entera de Narsés, como súbdita del gobierno de las Islas Jónicas; pero aunque logró aquel virtuoso y

apreciable cónsul que Euclea y su madre no fuesen vendidas, no pudo librarlas de los padecimientos que experimentaron en su prisión, sujetas al trato más bárbaro y cruel, y a todas las privaciones más capaces de hacer aborrecible la vida; hasta que cansado *mister* Onslow de las artificiosas y traidoras lentitudes con que el bajá intentaba prolongar el asunto, mandó aproximar a la costa dos bergantines de guerra ingleses que se hallaban anclados en la isla de Standía, y fijó cuarenta y ocho horas para que se le entregase la familia de Narsés.

Intimidado el bajá con esta medida, puso por fin en libertad a Euclea, a su madre, a una hermana de ésta, y a un hermano de Narsés, joven de dieciocho años de edad; todos en el más deplorable estado de miseria, desnudez y abatimiento. *Mister* Onslow cuidó de toda la familia con un esmero paternal y, embarcándola en un buque inglés, la hizo conducir a Cefalonia, recomendada a la respetable casa de comercio francesa de los señores Andrieux, Wolf y compañía, con quienes tenía Narsés relaciones de intereses y de amistad.

Mientras esto pasaba en Candía, Narsés volaba a alistarse bajo el estandarte de la cruz que tremoló en el monasterio del monte Erimanto el venerable Germanos, arzobispo de Patrás, elegido por el cielo para dar principio a la grande obra de la regeneración de la Grecia en marzo de 1821.³⁸

IV

Euclea permaneció en Cefalonia en compañía de su madre, siendo el objeto de la amorosa solicitud de *madame* Wolf a quien la circunstancia de no tener hijos daba entera libertad para dedicarse a comunicar a aquella tierna y desgraciada griega todos los conocimientos y todas las habilidades que comúnmente poseen las francesas de buena educación; hasta que en el año de 1823 quiso Narsés que se trasladase su familia a Corinto, en donde se hallaba ya instalado el nuevo gobierno griego.

Desde entonces fue muy varia la suerte de Euclea, pues en aquel mismo año perdió su padre la vida gloriosísimamente combatiendo en los muros de Missolonghi, su madre murió de la peste en uno de los muchos viajes que se vio obligada a emprender esta familia, víctima en todas partes de los trastornos consiguientes a la guerra; y Euclea tuvo que acogerse al patrocinio de Anastasio Lidorico, griego de distinción, que después de haber sido uno de los individuos del primer Congreso, y de haberse hallado al lado de Narsés en diferentes

combates de aquella guerra asoladora, se estableció por fin en Patrás, de donde era natural.

En compañía de este venerable patriarca pasaba Euclea una vida pura, tranquila, y dedicada únicamente a los oficios domésticos propios de su sexo, hasta que un acontecimiento inesperado y digno de los tiempos heroicos vino a sacarla de la oscuridad en que vivía, y a dar principio a su celebridad.

Entre los muchos forasteros que acudieron a Patrás después de la llegada del célebre conde de Capo de Istria a Egina en 1828, se hallaba un joven llamado Zaneto, perteneciente a una de las más ilustres familias de Grecia; pero de costumbres tan corrompidas y escandalosas, que varias veces se vieron obligadas las autoridades a castigarlo públicamente.

Euclea tuvo la desgracia de que este joven se enamorase de ella y la persiguiera tenazmente, a pesar del horror y de la entereza con que Euclea despreció tan odiosos obsequios.

El venerable Lidorico, que la amaba con la ternura de un padre, mirando aquella pasión como la mayor calamidad que podía sobrevenir a Euclea, consiguió de las autoridades de Patrás que intimasen a Zaneto la orden de salir de la ciudad en el término de tres días.

Considerándose Euclea ya segura con esta medida, y descuidando por lo mismo las precauciones que hasta

entonces había tomado, salió una tarde a pasear por la playa en compañía de su protector, y de dos griegas que hacía poco tiempo habían solicitado su amistad.

Una de ellas propuso a Euclea por modo de juego entrasen en un lanchón que se veía amarrado a tierra, y sin gente al parecer que lo cuidase; admitió Euclea con gusto la proposición de su amiga y, abandonándose a su natural jovialidad, se lanzó al barquichuelo, y tomó asiento en uno de los bancos de crujía; la amiga hizo lo mismo, y ambas se entregaban con toda seguridad a tan inocente pasatiempo, cuando repentinamente salió de debajo de la cubierta de popa un griego enmascarado, que arrojándose sobre Euclea, la derribó del asiento y le tapó la boca con un pañuelo.

El aturdimiento de Euclea por el pronto fue tan grande, que no pudo oponer la menor resistencia; pero recobrada algún tanto, al ver que aquel hombre empleaba una mano en soltar la amarra que detenía al lanchón, empezó a forcejar con violencia y, siguiendo el impulso de una inspiración instantánea, arrancó al agresor el puñal que llevaba en el cinto, y se lo clavó en el cuello con tal denuedo, que aquel malvado quedó muerto en el acto.

Pronto se vio que este criminal era el mismo Zaneto, y que la fingida amiga de Euclea había sido cómplice en tan horroroso atentado.

Este suceso dio a Euclea una justa celebridad; pero al mismo tiempo le atrajo muchos pesares, que aumentó considerablemente la muerte de su protector Lidorico; así, viéndose sola en la tierra cuando apenas contaba quince años de edad, sin esperar más amparo que el de *madame* Wolf, a quien ella miraba como a una verdadera madre, determinó solicitarlo de nuevo y, en breves días, realizó su proyecto, embarcándose para Cefalonia, en donde la suerte le preparaba nuevas desgracias.

Tenía *mister* Andrieux en su compañía un sobrino suyo llamado Alberto Mancel, joven amable, de talento y de grandes esperanzas; pero de tan escasa fortuna, que se veía obligado a vivir a expensas de su tío, a pesar de los esfuerzos que había hecho hasta entonces para proporcionarse una existencia independiente. Esta circunstancia, unida a la extrema sensibilidad de que lo había dotado la naturaleza, lo mantenía en un estado de melancolía habitual, que llegó a alterar notablemente su carácter, haciéndolo parecer de áspero trato y poco afecto a la vida social.

Pero como los misterios del corazón humano son las más veces incomprensibles, esto mismo hizo que Euclea hallase en Alberto esa conformidad de sentimientos que empieza por inspirar interés, y concluye por sujetar el alma al dominio de una pasión irresistible.

Euclea y Alberto se amaron con delirio; fueron felices por algún tiempo, y hubieran llegado al colmo de su felicidad, si la excesiva prudencia de Alberto no hubiese dado lugar a que un suceso inesperado disipara en un solo momento, y del modo más cruel, las risueñas esperanzas de los dos amantes.

Es consideración bien terrible, pero desgraciadamente demasiado fundada en la experiencia, que muy a menudo nos encontramos de improviso en ciertas situaciones, comparables a otras tantas piedras que arroja el acaso en el camino de nuestra vida para hacernos tropezar y caer, o variar el curso de nuestro destino.

Mil veces había prometido Alberto a Euclea pedirle por esposa a sus bienhechores; pero tardaba en hacerlo, considerando que su situación mercenaria no le permitía imponerse nuevas obligaciones, y temiendo también que aquellos no aprobasen su determinación.

Euclea, por su parte, tampoco le instaba mucho por el cumplimiento de su promesa, porque según me confesó ella misma, siempre había mirado al matrimonio con disgusto, siempre había creído que las cadenas que impone el deber quitan la gloria de amar; que no pueden menos de ser insípidos y fríos los placeres que una mujer proporciona a un hombre porque así se lo

prescriben las leyes; y que es imposible que los sacrificios que hace la resignación puedan en ningún tiempo suplir a los que hace libremente la voluntad.

Mientras Alberto permanecía en esta incertidumbre, y disfrutaba de su dicha en silencio, se enamoró de Euclea un piamontés llamado Orsetti, hombre sombrío y de conducta equívoca, que ejercía en la isla el oficio de agente de negocios, y pasaba por rico. Menos delicado en materia de amor que Alberto, se dirigió desde luego a *mister* Andrieux, pidiéndole la mano de Euclea; pero éste le contestó, que no uniéndolo a la joven griega otros lazos que los de la amistad y de la conmiseración, debía dejarla obrar libremente; y que por tanto podía Orsetti manifestar sus miras sin rebozo alguno a Euclea, y saber de ella misma su voluntad.

No bastaron las infinitas muestras de horror y desagrado con que Euclea rechazó las proposiciones de Orsetti para que éste dejase de importunarla y perseguirla a todas horas y de mil diferentes modos; hasta que cansado de trabajar en vano, y sintiendo vivamente herido su amor propio, empezó a sospechar que acaso servía de obstáculo al cumplimiento de sus deseos algún rival favorecido.

Si el amor es inventivo, no lo son menos los celos; esa terrible pasión, que casi siempre lleva en su auxilio a la curiosidad, a la venganza y al encono.

Orsetti acechó con astucia los pasos de Euclea, y como por otra parte el amor es semejante al fuego, que no puede permanecer oculto si una vez se le pone en movimiento, no tardó mucho Orsetti en convencerse de que no eran infundados sus temores. Por el pronto creyó que le bastaría hacer ver a Euclea que, teniendo ya él en sus manos todo el secreto, podía perderla cuando le conviniese; pero ella, que amaba como pocos aman, lejos de intimidarse con semejante amenaza, se esmeró cuanto pudo en hacer sentir a Orsetti el odio y el desprecio con que lo miraba; y empleando toda la energía que da al alma una verdadera pasión, renovó en presencia de aquel hombre aborrecido el solemne juramento que tantas veces había hecho ella al cielo, de vivir y morir amando a Alberto.

Desde entonces, obligados por la prudencia estos amantes a vivir con más precaución, aunque resueltos a sufrir gustosos en cualquier caso las consecuencias del resentimiento de Orsetti, hicieron el sacrificio de no hallarse juntos tan a menudo como antes, y de no reunirse en la habitación de Euclea, sino en la choza de una pobre mujer del pueblo, cuya condescendencia compraron con dinero, y que los miraba con algún interés, porque ella también había sido en otro tiempo víctima de un amor contrariado.

Pasáronse más de cuatro meses sin que notaran circunstancia alguna que pudiera alarmarlos, y llegan-

do a creer que Orsetti había desistido de sus intentos, ya les pareció incómodo el medio que habían adoptado para verse a solas, pues no siempre podían reunirse a la hora convenida sin llamar la atención, ni todas las veces lograban encontrar la choza sin gentes extrañas que podrían acaso revelar el secreto.

Sin embargo, aún no se decidía Euclea a volver a dar entrada en su habitación a Alberto por las noches, temiendo algún contratiempo, no respecto de ella, porque el que ama de veras nunca teme nada por su propia persona, sino respecto de aquel amante que tantas lágrimas y tantos sacrificios le costaba; pero un día, después de puesto el sol, sintiéndose Euclea indispuesta, quiso Alberto conducirla hasta cerca de su casa; y era muy natural que entre los transportes de amor a que siempre se entregaban, antes de separarse, se deslizasen aquella vez la promesa y el consentimiento de volver Alberto a estrechar en sus brazos a Euclea después de medianoche.

La entrevista se verificó en medio de circunstancias que pudieron haber parecido auspicios funestos, pues poco antes de la hora convenida empezó una de las más horribles tempestades que se han visto en aquella isla; y en el momento de echarse Alberto en los brazos de Euclea, cayó un rayo en la calle, haciendo estragos de consideración en varias casas inmediatas.

Antes de amanecer se retiró Alberto de aquella mansión de amor y de delicias, dejando a Euclea entregada a mil lisonjeras ilusiones, que muy pronto debían convertirse en sentimientos de dolor y desesperación; porque apenas había salido el sol, cuando despertó a Euclea un ruido violento y confuso que hacía la gente, en la calle, motivado al parecer por algún acontecimiento extraordinario. Movida de sobresalto más bien que de curiosidad, sale Euclea al balcón, y queda sin sentido al ver el cadáver de Alberto despedazado a puñaladas, y nadando en un lago de sangre...

—Aquella tarde —me decía Euclea llorando con toda la efusión propia de una verdadera sensibilidad— y aquella noche, que fueron las últimas que estuvimos juntos, yo no sé qué sensación de inquietud y de temor atormentaba a mi corazón; yo no quise decírselo a Alberto por no disminuir el encanto en que se hallaba siempre que estaba conmigo; pero mi alma no tuvo la tranquilidad que sentía otras veces, cuando Alberto me tenía en sus brazos...

”¡Ah!, los presentimientos son la debilidad de las almas amantes; pero yo creo en ellos, aunque a pesar mío...

”El cruel Orsetti nos persiguió todo aquel día; nos vio caminar juntos hacia mi casa, como dos mártires que van a colocar sus cuellos bajo una misma cuchilla, y

cebó su crueldad y su rencor en la más inocente de las dos víctimas!...”

Esta horrorosa catástrofe, además de causar en Euclea el efecto que es de suponerse, alteró tan completamente las relaciones que existían entre ella y sus bienhechores, que se vio en la dura necesidad de abandonarlos y mudar de residencia, y entonces fue cuando pasó a Trieste en donde Narsés había tenido por amigo a un comerciante llamado Spinola, a quien los señores Andrieux y Wolf confiaron los restos del reducido caudal de Euclea. Allí entregada ésta enteramente a su dolor, vivía sin tratar a persona alguna, ni buscar ninguna especie de consuelo, hasta que el tiempo convirtió poco a poco la tétrica y aguda tristeza de Euclea en esa dulce y apacible melancolía que tanto deleita a los corazones sensibles, porque al paso que les sirve de alimento, deja siempre en ellos un acceso libre no solamente a los placeres del alma, sino también a los de los sentidos.

Pero como Euclea parecía nacida al mundo para servir de juguete al infortunio, apenas empezaba a sentir la calma que trae consigo la conformidad, cuando se vio perseguida por otro amante no menos importuno que Orsetti, aunque de muy distintas cualidades. Era éste el desgraciado Periani, de quien había yo oído hablar en Padua, hombre instruido, de pasiones vivas, y sumamente propenso a los medios violentos; pero de

carácter franco y honrado y dispuesto siempre al bien. Quiso su mala estrella que amase a Euclea cuando ésta, sintiendo todavía demasiado recientes las llagas de su corazón, se había propuesto no volver a dar entrada en él a ningún afecto de amor, y así fue que Periani vio desechados sus obsequios en un principio, acaso con más dureza de la que merecía.

Sin embargo, vencida después Euclea algún tanto por la constancia con que Periani sufría sus padecimientos, y viéndose obligada a hacer justicia a las prendas que lo adornaban, empezó a endulzar su trato y a preparar con él involuntariamente el triste fin que debía experimentar aquel infeliz amante; porque habiéndole hecho concebir esperanzas la benignidad de Euclea, y viéndolas disipadas sin remedio, en el mismo momento en que se prometía conseguir alguna prueba de correspondencia, quiso más bien privarse de la vida que sufrir el prolongado martirio de conservarla sin esperanza ni ilusiones.

—Triste suerte la mía —me decía Euclea al referirme este suceso— de no poder recordar ninguna circunstancia de mi vida, sin que mi memoria me reproduzca escenas de sangre, de muerte y desolación...

Si era grande el placer que sentía yo al considerar a Euclea delante de mis ojos, mayor era el que tenía en escucharla. En vano intentaría buscar palabras para

pintar el encanto que producían en mi alma la naturalidad, la gracia y el acento de ternura con que expresaba sus pensamientos y encarecía la historia de sus infortunios.

Por otra parte, mientras mi espíritu se hallaba sumergido en tan dulces sensaciones, se recreaba al mismo tiempo contemplando aquel rostro celestial, en donde claramente se descubrían las señales de una pena reconcentrada en el alma por el violento esfuerzo de la voluntad, aquellos ojos lánguidos y fatigados por el llanto, aquellos labios descoloridos; aquella palidez de mujer amante; indicios ciertos de esa tortura inexplicable que sólo a las mujeres es dado soportar con su angelical resignación...

Con semejantes atractivos, no es extraño que causase Euclea impresiones tan repentinas como profundas en todos los corazones; yo lo experimenté en mí mismo, pues el aprecio o interés con que la miraba desde el primer momento que la conocí, se convirtió muy pronto en un sentimiento mucho más tierno y de muy distinta especie. Y debía ser así, porque tal es la condición de la naturaleza humana: cuando llega a aparecer en nuestra alma un afecto, viene a ser éste como la semilla que cae en el surco; es imposible que permanezca un solo instante fría, inactiva o muerta; debe necesariamente germinar y desarrollarse...

V

Siete meses después empecé a notar un trastorno muy considerable en la salud de Euclea. Hasta entonces había vivido entregada a su excesiva sensibilidad, y sostenida únicamente por esa energía de resignación que la esperanza deja tras sí en el alma. Lloraba a menudo, porque en cualquiera edad de la vida, y sea cual fuere el grado de fortaleza de un corazón, siempre hay lágrimas en el amor verdadero; pero este llanto, según me repetía ella con empeño, deseando tal vez disculparse conmigo, era un efecto necesario de la desconfianza con que ella misma miraba su felicidad actual; temía a cada paso que un nuevo incidente volviese a sumergirla en la desgracia, cuyo abismo veía sin cesar abierto a sus pies.

Repentinamente advertí que Euclea ya no lloraba; vi su rostro mucho más abatido que antes, y supe que llevaba mucho tiempo de tomar un alimento tan escaso que apenas podría bastar para prolongarle la vida algunos días...

Una noche del mes de agosto, deseando Euclea hacer el último esfuerzo para ocultarme el deplorable estado en que se hallaba, me propuso que fuésemos a

disfrutar del ambiente del campo. Salimos de la ciudad sin determinar el punto a donde debíamos dirigirnos, pero Euclea, a pesar de su debilidad, quiso que nos adelantásemos hasta más allá de las ruinas de la fortaleza. Allí, sintiéndose desfallecer tomó asiento y permaneció algunos instantes en silencio, sin duda porque la dificultad con que respiraba le impedía hablar. Yo, entretanto, haciéndome una violencia de que nunca me hubiera creído capaz, para ocultar el intolerable tormento que despedazaba a mi corazón, contemplaba con un recogimiento respetuoso e involuntario aquella escena de amargura y de dolor.

La luna lucía con todo su brillo; el viento era tan suave que apenas agitaba las hojas de los árboles; la superficie del mar se descubría a lo lejos como la de un terso cristal; nada se movía; todo yacía en el más completo reposo, menos el corazón de Euclea y el mío; parecía que el destino, con su mano de hierro, había encerrado en ellos todas las borrascas que en aquel momento faltaban en el mar y en la tierra. Al cabo de algún tiempo rompió Euclea aquel penoso silencio.

—Éste es el sitio —me dijo con voz pausada y débil— en que nos vimos la primera vez; he querido visitarlo hoy, porque será la última que pueda yo venir a él...

—¡Ah!, ¡cuán ajena estaba yo entonces de pensar que había de volver a hallar algún atractivo en la vida!

”Yo me había propuesto dominar a mi corazón, apagar el fuego que lo consumía; aborrecerme a mí misma, pues que no me era permitido amar fuera de mí; pero fue muy cruel mi desengaño.

”Esta luna que muy pronto va a ser testigo de mi última agonía, lo fue mil veces de los terribles combates que se trababan entre mi voluntad y mi destino; mil veces vio salir de mi alma el torrente de dolor que ya no cabía dentro de ella, y me vio a mí abandonarme a la desesperación como un esclavo que se halla en poder de un tirano a quien detesta.

”El encono de mi suerte aún no estaba saciado; no quiso ésta quitarme entonces la vida porque hubiera sido concederme el único consuelo que podía yo sentir en tan horroroso estado; ha querido aumentar su bárbaro rigor, haciéndome percibir un relámpago de felicidad y de ventura que me forzase a apetecer la existencia en este mundo para arrancarme de él en el mismo instante, de un modo cruel y doloroso...

”¿Para qué vine yo al mundo?... ¿Cuál ha sido mi existencia? Nací entre lágrimas y aflicciones; he vivido entre horrores y desastres, y voy a morir como el naufrago que perece a la vista del puerto... Si esto lo dispone la Providencia, ¿qué juicio podré formar de su poder omnipotente?”...

Un sacerdote armenio y yo fuimos las únicas personas que quiso Euclea tener a su lado en sus últimos momentos. Aquel, como hombre acostumbrado a escenas de esta especie, no experimentó más que una sensación pasajera; yo, dotado de menos fortaleza de espíritu, tardé mucho tiempo en recobrar el uso de mis sentidos...

NOTICIA DEL TEXTO

La primera edición de *Euclea o la griega de Trieste (fragmentos de una correspondencia particular)*, de la cual se desprende la presente, se publicó en dos entregas en las páginas de *El Mosaico Mexicano* (t. VI, 1841 y t. VII, 1842).

En 1944 apareció en *Poliantea*, con prólogo y selección de Manuel Romero de Terreros, editada por la Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario, 46).

David Huerta la recuperó en 1973 como parte de *Cuentos románticos* (Biblioteca del Estudiante Universitario, 98), libro editado por la UNAM.

Posteriormente, en 1985, Celia Miranda Cárabes la recopiló en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano* (UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana, 96).

Cabe señalar que durante el proceso de la presente edición se restablecieron las notas que incluía el texto base. La investigación de éstas permitió conocer un pasaje vinculado a *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, de

Pierre-Jean-Baptiste Chaussard,³⁹ que el conde de la Cortina retomó para adaptarlo a *Euclea*.

El fragmento inserto corresponde a las páginas LXIX-LXXIV; inicia en el segundo párrafo de LXIX: “Homère peint les cieus et la terre ébranlés, les dieux et les héros divisés pour la cause d’Hélène”. Suprime un fragmento en LXX, a partir de “ils volent à Mégare; ils l’enlèvent” hasta “Mégare s’écroulerait de fond en comble pour satisfaire quelques courtisanes”. Retoma el texto en el último párrafo de LXXIV hasta “Europe gothique et barbare, par des lois ridicules et ineptes, en divinisa l’empire”.

En *Euclea*, este segmento inicia con “Homero pinta los cielos y la tierra conmovidos, y a los dioses y a los héroes en guerra abierta por la hermosura de Helena” (p. 29), y finaliza: “como lo hizo nuestra bárbara y gótica Europa, con leyes ridículas y necias, divinizó su imperio y la generalizó cuanto pudo” (p. 31).

El fragmento perteneciente a la obra francesa incluye notas que remiten a autoridades de la antigua Grecia, por lo que aquí se recuperó la bibliografía a la cual aluden; además, se agregó, cuando fue posible ubicarla, una referencia actual a la que podrá acudir el lector interesado, todo ello con el fin de ofrecer una mejor comprensión del texto.

JOSÉ JUSTO GÓMEZ
DE LA CORTINA
TRAZO BIOGRÁFICO

José Justo Gómez de la Cortina nació en la calle de don Juan Manuel (hoy República de Uruguay), en la Ciudad de México, el 9 de agosto de 1799. Sus padres, Vicente Gómez de la Cortina y María Ana Gómez de la Cortina, lo enviaron a España a los 15 años para que estudiara en el Colegio de San Antonio Abad y, posteriormente, en la Academia Militar de Alcalá de Henares, donde obtuvo la cátedra de geografía militar y, más tarde, el cargo de oficial de ingenieros.

Como agregado de la embajada española fue comisionado a Constantinopla, sin embargo, una epidemia de peste lo obligó a refugiarse en Trieste. Tiempo después, con el mismo cargo en la legación española, visitó Holanda, Austria, Inglaterra y Francia.

Tras su regreso a México, en 1832, incursionó en el periodismo: fue redactor del *Registro Trimestre*, editor de *La Revista Mexicana*, colaborador de *El Mosaico Mexicano*, y fundador, en 1839, de *El Zurriago Literario*, periódico enfocado a la crítica literaria. Publicó, asi-

mismo, la *Cartilla social sobre los derechos y obligaciones del hombre en la sociedad civil*, “La calle de don Juan Manuel” en *Revista Mexicana* (1835), el *Diccionario de sinónimos castellanos* (1845, y el *Suplemento* en 1849), *Manual de voces técnicas de bellas artes* (1848), entre otras obras.

En marzo de 1848, fue llamado a suceder a su madre en el título Conde de la Cortina, por lo que adquirió la nacionalidad española.

Fue autor de diversos estudios históricos, biografías y diccionarios, así como fundador del Instituto de Geografía y Estadística y académico honorario de la Real Academia Española, además de presidente del Conservatorio de Artes.

Falleció en la Ciudad de México el 6 de enero de 1860.

NOTAS

¹ María del Carmen Ruiz Castañeda, *El conde de la Cortina y “El Zurriago literario”: primera revista mexicana de crítica literaria, 1839-1840 y 1843-1851*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974. *El Zurriago Literario*, 22 números, 1839-1840, ejemplar de la Harvard College Library, disponible en <<https://catalog.hathitrust.org/Record/100520333/Home>>, [consulta: julio de 2018].

² Enrique Fernández Ledesma, “El conde de la Cortina y el baile de su alteza”, *Galería de fantasmas, años y sombras del siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 112.

³ Óscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 39.

⁴ Prospecto en diálogo, *El Zurriago Literario*, 1839-1840, p. 1. Ejemplar de la Harvard College Library, disponible en <<https://catalog.hathitrust.org/Record/100520333/Home>>, [consulta: julio de 2018].

⁵ *El Mosaico Mexicano o colección de amenidades curiosas e instructivas*, 7 tt. México, Imprenta de Ignacio Cumplido,

1840-1842. Cito por el ejemplar de Bloomington, Indiana University Libraries, disponible en <https://catalog.hathitrust.org/Record/010585955>. [consulta: julio de 2018].

⁶ María Esther Pérez Salas Cantú, “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido”, *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, Laura Suárez de la Torre [coordinación], Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003, pp. 142-144.

⁷ María Esther Pérez Salas Cantú, “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido”, *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, Laura Suárez de la Torre [coordinación], Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003, pp. 129-130.

⁸ María Esther Pérez Salas Cantú, “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido”, *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, Laura Suárez de la Torre [coordinación], Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003, pp. 148-149.

⁹ Sobresale, por mucho, *Aventura de un estudiante alemán [El Mosaico Mexicano, t. I, México, 1840, pp. 238-243]*, traducción anónima de “The Adventure of the German Student” de Washington Irving [1824].

¹⁰ *Los cinco clérigos de Amiens [El Mosaico Mexicano, t. I, México, 1840, pp. 64-66]*, *Auffredy, comerciante de la Rochela* [t. I, 1840, pp. 122-123], *Dos amantes en las llamas*,

Historia judaica traducida del Museo de las Familias [t. I, 1840, pp. 347-362], *Alix y Berenger o la fuente de amor* [anécdota del siglo XIV] [t. II, pp. 126-135], *Las tres vírgenes de Basorah* [t. III, 1840, pp. 441-444], *Julio, novela improvisada por Napoleón* [t. IV, 1840, pp. 289-300], *Los estudiantes de Westminster* [t. IV, 1840, pp. 349-352], *Aventuras y desgracias de Francisco Burget* [t. V, 1841, pp. 276-287] y *Edmond y su prima* [t. V, 1841, pp. 298-309]. En el t. VI, se publicarían *Manuel el rayo, novela de costumbres*, *Las tres novias* y *Euclea o la griega de Trieste*.

¹¹ El mismo conde de la Cortina se quejaba de las traducciones que se publicaban en el *Diario del Gobierno*, según “parece que de intento se ha confiado el desempeño de ellas a las personas más escasas de conocimientos en todas materias, principalmente en idiomas, en geografía y en usos y costumbres de Europa [...] defecto que nos hace ridículos entre nosotros mismos y [lo que es más sensible] en los países extranjeros”. *El Zurriago Literario*, núm. 21, México, 18 de enero de 1840, p. 1.

¹² *Un Periódico Más*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, núm. 1, México, 12 de agosto de 1841, p. 8. Este único número publicado puede consultarse al final del ejemplar de *El Zurriago Literario* de la Harvard College Library, disponible en <https://catalog.hathitrust.org/Record/100520333/Home>. [consulta: julio de 2018].

¹³ *Un Periódico Más*, México, Imprenta de Vicente G. Torres, núm. 1, México, 12 de agosto de 1841, p. 8. Este único número publicado puede consultarse al final del ejemplar de *El Zurriago Literario* de la Harvard College Library, disponible en

<https://catalog.hathitrust.org/Record/100520333/Home>, [consulta: julio de 2018].

¹⁴ *El Mosaico Mexicano*, t. V, México, 1841, p. 287; traducido por V. R.

¹⁵ *Los redactores*, “Introducción”, *El Mosaico Mexicano*, t. 7, México, 1842, p. 4.

¹⁶ Puede verse un panorama de estos primeros ejercicios narrativos y de sus características en Alfredo Pavón, *Al final, reCuento. I. Orígenes del cuento mexicano: 1814-1837*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2004.

¹⁷ María Esther Pérez Salas Cantú, “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido”, *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, Laura Suárez de la Torre [coordinación], Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003, pp. 144-145.

¹⁸ Notas que conservamos en la presente edición y que lamentablemente fueron suprimidas en las dos versiones modernas: *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, Celia Miranda Cárabes [estudio preliminar, recopilación, edición y notas], Jorge Ruedas de la Serna [ensayo introductorio], Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 189-205, y *Cuentos románticos*, David Huerta [prólogo, selección y notas], Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 3-24.

¹⁹ Por ejemplo, Óscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, pp. 40 y 122-123.

²⁰ Como lo expresa en “Sobre la colección de las mejores producciones científicas y literarias de nuestros poetas y de nuestros prosistas modernos, proyectada por Ignacio Cumplido”, *La misión del escritor, ensayos mexicanos del siglo XIX*, Jorge Ruedas de la Serna [coordinación], Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2ª ed., 2014, pp. 49-61.

²¹ *Julio, novela improvisada por Napoleón*, *El Mosaico Mexicano*, t. IV, México, 1840, p. 289.

²² *Julio, novela improvisada por Napoleón*, *El Mosaico Mexicano*, t. IV, México, 1840, p. 289.

²³ En el año de 1822 se celebró el Congreso de Verona, en el cual determinaron los soberanos del Norte de Europa, ahogar y extinguir enteramente el germen de libertad que se manifestó por entonces en España, en Italia, en Polonia y en otros países. Bien sabidos son los desgraciados resultados que produjo aquel congreso [Nota del autor].

El 7 de abril de 1823 un ejército francés [los cien mil hijos de San Luis] entró a España para acabar con el régimen liberal español y así restablecer la soberanía absoluta de Fernando VII [1784-1833]. Esta intervención se atribuye al tratado secreto firmado el 22 de noviembre de 1822 en el Congreso de Verona por los representantes de la Santa Alianza (Prusia, Rusia, Austria) y Francia. La información del supuesto acuerdo se publicó el 11 de junio de 1823 en el periódico londinense

se *Morning Chronicle*, según el cual se estipuló un derecho de intervención para luchar contra brotes de liberalismo en cualquier país del continente; sin embargo, los representantes de las cuatro potencias firmantes aseguraron que ese tratado era una falsificación que no merecía refutación seria. Véase Rosario de la Torre del Río, “El falso tratado secreto de Verona de 1822”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 33, 2011, pp. 277-293, en <<https://revistas.ucm.es/index.php/CHCO/article/download/37950/36713>>, [consulta: agosto de 2018].

²⁴ El testimonio de Tito Livio, que nació en Padua, y el de Virgilio, que dice fue fundada esta ciudad por Antenor, prueban que Padua existía doce siglos antes de la era cristiana [Nota del autor].

Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.), fue historiador romano que, de acuerdo con algunos autores latinos como Marco Fabio Quintiliano (35-100), Marco Valerio Marcial (40-104) y Publio Papinio Estacio (45-96), nació en Patavium (Padua). Virgilio (70-19 a. C.) destaca en el Libro I de la *Eneida* (29-19 a. C.) la fundación de Padua a cargo del héroe troyano Antenor, cuando éste salió de Troya en compañía de Eneas, tras ser vencidos por los griegos. Véase Virgilio, *La Eneida*, Carlos García Gual (prólogo), 20ª ed., Madrid, Edaf, 2009, p. 30.

²⁵ Esta estatua representa al famoso Condottiero Gattamelata, y fue fundida por Donatello, que nació en Florencia el año de 1383, y murió en 1466. Fue el primer fundidor moderno que empezó a desterrar la bárbara escultura de los godos [Nota del autor].

Condottiero Gattamelata, estatua de bronce hecha en honor de Erasmo de Narni (1370-1443), jefe militar del ejército veneciano. Donato di Betto Bardi —Donatello— (1386-1466) fue uno de los escultores más importantes del Renacimiento y uno de los primeros en sustituir la escultura gótica que imperaba desde el siglo XII. Véase John T. Paoletti y Gary M. Radke, *El arte en la Italia del Renacimiento*, Madrid, Akal, 2002, p. 300.

²⁶ El canónigo Gaetano Bioschi de Larino [Nota del autor].

²⁷ Véanse los periódicos italianos y franceses de abril de 1830, en los cuales se halla impresa la relación del suicidio de Alberto Periani [Nota del autor].

²⁸ A partir de esta línea comienza el fragmento perteneciente a *Fêtes et courtisanes de la Grèce* de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard, adaptado por el conde de la Cortina. Para conocer información detallada acerca de esta inserción, véase la Noticia del texto.

²⁹ *Ilíada*. Atheneo [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, retomado por el conde de la Cortina [ver Noticia del texto], refiere a Homero, *Iliadem*. t. 1, *Opera graece et latine ad optimas editiones expressa*. 2 tt., s. l., Thurneysen, 1779. Por su parte, “Atheneo” remite a Athénée de Naucratis, *Banquet des savans, par Athénée, traduit, tant sur les textes imprimés, que sur plusieurs manuscrits, par M. Lefebvre de Villebrune. Livre treizième*, t. 5, *Œuvres d’Athénée*, 5 tt., Jean-Baptiste Lefebvre de Villebrune [traducción], París, Lamy de L’imprimerie de monsieur, 1791. p. 17. Consúltese en: <<https://gallica.bnf.fr/>

[ark:/12148/bpt6k62498433/f35.vertical](https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62498433/f35.vertical)>, [consulta: septiembre de 2018].

También se puede revisar la traducción al español: Ateneo, *Banquete de los eruditos. Libros XI-XIII*. vol. 5, Lucía Rodríguez-Noriega Guillén (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos [Biblioteca Clásica Gredos, 413], 2014.

³⁰ Aristophanis. *Acharnenses* [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, adaptado por el conde de la Cortina (ver Noticia del texto), remite a Aristophanis, *Comœdiæ XI. Græce et latine, ad fidem optimorum codicum manuscriptorum*. vol. 2, Lugduni Batavorum [Leiden], s. e., 1760. p. 509. Alude a la comedia *Los acarnienses*, de Aristófanes, donde Diceópolis adjudica al secuestro de Simeta, llevado a cabo por algunos jóvenes atenienses, como el origen de la guerra entre estas ciudades. Puede consultarse *Comedias de Aristófanes*, t. I, Federico Baráibar y Zumárraga (traducción), Madrid, Imprenta central a cargo de Víctor Saiz [Biblioteca Clásica, XXVII], 1880, pp. 71-72. Disponible en: <https://archive.org/stream/comediasdearistof00aris#page/n9/mode/2up/search/simeta>>, [consulta: septiembre de 2018].

³¹ Atheneo. Libro 13. Musonius. Philosophi [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, retomado por el conde de la Cortina (ver Noticia del texto), refiere a Athénée de Naucratis, *Banquet des savans. Livre treizième*, t. 5, *œuvres d'Athénée*, 5 tt., Jean-Baptiste Lefebvre de Villebrune (traducción), París, Lamy de L'imprimerie de monsieur,

1791. p. 17. Disponible en: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62498433/f35.vertical>>, [consulta: septiembre de 2018].

También se puede revisar la traducción al español: Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos. Libros XI-XIII*. vol. 5, Lucía Rodríguez-Noriega Guillén (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos [Biblioteca Clásica Gredos, 413], 2014.

Por su parte, "Musonius. Philosophi", corresponde al artículo de Cayo Musonio Rufo: "Musonii Philosophi Opus De Luxo Græcorum", *Thesaurus Græcarum Antiquitatum. Contextus & designatus*, vol. 8, Jacobo Gronovio, *Thesaurus Græcarum Antiquitatum*, 13 vols. Lugduni Batavorum [Leiden], Petrus Vander, 1699. p. 2466. Disponible en: [https://gdz.sub.uni-goettingen.de/id/PPN656640782?-tify={%22pages%22:\[687\],%22panX%22:0.082,%22panY%22:0.683,%22view%22:%22thumbnails%22,%22zoom%22:0.474}>](https://gdz.sub.uni-goettingen.de/id/PPN656640782?-tify={%22pages%22:[687],%22panX%22:0.082,%22panY%22:0.683,%22view%22:%22thumbnails%22,%22zoom%22:0.474}>), [consulta: septiembre de 2018].

Las Guerras Sagradas deben su nombre a las declaradas por la anfictionía en contra de alguno de sus integrantes por haber cometido sacrilegio contra Apolo. En la tercera Guerra Sagrada [356-346 a. C.] se enfrentaron tebanos y focidios por el control de Delfos. Con el apoyo de Filipo II de Macedonia [382-336 a. C.] los guerreros de Fócida fueron derrotados. El origen de esta guerra, de acuerdo con Ateneo, se debió al rapto de Teano por parte de un focidio.

³² Atheneo. Libro 13. Musonius Philosophi. Douris de Samos [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, adaptado por el conde de la Cortina (ver Noticia del texto), refiere

a Athénée de Naucratis, *Banquet des savans. Livre treizième*, t. 5, *œuvres d'Athénée*, 5 tt., Jean-Baptiste Lefebvre de Villebrune (traducción), París, Lamy de L'imprimerie de monsieur, 1791. pp. 19-20. Disponible en: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62498433/f35.vertical>, [consulta: septiembre de 2018].

También se puede revisar la traducción al español: Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos. Libros XI-XIII*. vol. 5, Lucía Rodríguez-Noriega Guillén (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos [Biblioteca Clásica Gredos, 413], 2014.

Por su parte, "Musonius. Philosophi", corresponde al artículo de Cayo Musonio Rufo: "Musonii Philosophi Opus De Luxo Graecorum", *Thesaurus Græcarum Antiquitatum. Contextus & designatus*, vol. 8, Jacobo Gronovio, *Thesaurus Græcarum Antiquitatum*, vols. 13, Lugduni Bataavorum [Leiden], Petrus Vander, 1699. p. 2466. Disponible en: [Finalmente, "Douris de Samos", alude a la cita que Ateneo y Musonio realizan de Duris de Samos en sus respectivas obras. Al respecto, el historiador griego asegura que la primera disputa de mujeres se llevó a cabo entre Olimpia y Eurídice: "la una avanzó como bacante, acompañada de tambores, y la otra, Eurídice, armada a la manera de los macedonios, pues había sido entrenada en asuntos militares por Cina, la iliria". Véase Myriam Zumaya Román, "Duris de Samos, Testimonios y fragmentos", *Nova Tellus*, vol. XXIV,](https://gdz.sub.uni-goettingen.de/id/PPN656640782?-tify={%22pages%22:[687],%22panX%22:0.082,%22panY%22:0.683,%22view%22:%22thumbnails%22,%22zoom%22:0.474}>, [consulta: septiembre de 2018].</p>
</div>
<div data-bbox=)

núm. 1, México, 2006, p. 231. Disponible en: <https://revistas-filologicas.unam.mx/nouatellus/index.php/nt/article/view/200/196>, [consulta: septiembre de 2018].

³³ Heródoto [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, retomado por el conde de la Cortina [ver Noticia del texto], refiere a Herodoti, *Halicarnassensis Historia*, Glasgae, 1761. Se puede consultar: Heródoto, *Los nueve libros de historia*, María Rosa Lida de Malkiel (estudio preliminar y traducción), Buenos Aires, Losada, 2009.

³⁴ Atheneo. Libro 13 [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, adaptado por el conde de la Cortina [ver Noticia del texto], refiere a Athénée de Naucratis, *Banquet des savans. Livre treizième*, t. 5, *Œuvres d'Athénée*, 5 tt., Jean-Baptiste Lefebvre de Villebrune (traducción), París, Lamy de L'imprimerie de monsieur, 1791. p. 17. Disponible en: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k62498433/f35.vertical>, [consulta: septiembre de 2018].

También se puede revisar la traducción al español: Ateneo de Náucratis, *Banquete de los eruditos. Libros XI-XIII*. vol. 5, Lucía Rodríguez-Noriega Guillén (introducción, traducción y notas), Madrid, Gredos [Biblioteca Clásica Gredos, 413], 2014.

³⁵ Plutarco [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, retomado por el conde de la Cortina [ver Noticia del texto], refiere a Plu-

tarchi, *Opera Omnia. Gr. et Lat.*, Cantabrigioe, 1684. Se puede consultar: Plutarco, "Temístocles", *Vidas paralelas. Solón, Publicola, Temístocles, Camilo*, Antonio Ranz Romanillos [traducción], Buenos Aires / México, Espasa Calpe [Colección Austral, 843], 1948.

³⁶ Meursius. *Pisistratus. Cecropia* [Nota de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard].

El fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce*, adaptado por el conde de la Cortina [ver Noticia del texto], refiere a Joan Meursius, "Pisistratus, sive de ejus vita et tyrannide liber singularis", *Thesaurus Græcarum Antiquitatum. Contextus & designatus*, vol. 5, Jacobo Gronovio, *Thesaurus Græcarum Antiquitatum*, vols. 13, Lugduni Batavorum [Leiden], Petrus Vander, 1699.

Por su parte, "Cecropia" refiere a Joan Meursius, "Cecropia, sive de athenarum arce et ejus antiquitatibus liber singularis", *Thesaurus Græcarum Antiquitatum. Contextus & designatus*, vol. 4, Jacobo Gronovio, *Thesaurus Græcarum Antiquitatum*, 13 vols., Lugduni Batavorum [Leiden], Petrus Vander, 1699. Alude a la ofensa en contra de Harmodio, ya que Hiparco, hijo de Pisístrato [ca 610-527 a. C.] no permitió que su hermana formara parte de las canéforas [vírgenes jóvenes que vivían en el templo de Atenea] en la procesión de las Panateneas, la fiesta religiosa dedicada a Atenea. Harmodio, con apoyo de su amante, Aristogitón, decide acabar con los tiranos pisistrátidas. No fue difícil contar con cómplices para derrotar a Hiparco e Hipias, debido al malestar que el pueblo ateniense sentía por la tiranía. Tras el triunfo, los pobladores de Atenas erigieron una estatua a Harmodio y a Aristogitón.

³⁷ Aquí finaliza el fragmento de *Fêtes et courtisanes de la Grèce* de Pierre-Jean-Baptiste Chaussard, adaptado por el conde de la Cortina. Para conocer información detallada acerca de esta inserción, acudir a la Noticia del texto.

³⁸ El día 6 de abril del mismo año, llegó el arzobispo e hizo alto delante de Patrás, con sus tropas armadas de escopetas, puñales atados a la punta de unas estacas, palos, hondas y hasta hoces y otros instrumentos de labranza. Al día siguiente hizo su entrada en la ciudad, y publicó una proclama reducida a estas palabras: "Gloria a Jesucristo Dios y hombre; paz a los cristianos; protección y amistad a los cónsules de las potencias extranjeras, y guerra a los turcos". (*Historia del levantamiento de los griegos*, por don Marcos Manuel Río y Coronel, Barcelona, 1827) [Nota del autor].

Germanos, arzobispo de Patrás (1771-1827), se retiró al convento de religiosos lauros ubicado en el monte Erimanto, ahí se le unieron varios griegos que luchaban en contra de la opresión de los turcos, en ese lugar Germanos los exhortó a luchar por su independencia y tremoló un estandarte de insurrección. Bajo esa bandera se le unieron más de diez mil hombres, por lo que es considerado el iniciador de la independencia de Grecia. Véase la obra a la cual hace referencia el autor: Marcos Manuel Río y Coronel, *Compendio histórico del origen y progresos de la insurrección de los griegos contra los turcos. Desde el año de 1821 hasta la llegada a Egina del presidente actual de la Grecia, conde de Capo de Istria*, t. I, Madrid, Ramos y Compañía, 1828, pp. 116-117. Disponible en: <<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=ucm.532552669x;view=lup;seq=123>>, [consulta: septiembre de 2018].

³⁹ Pierre-Jean-Baptiste Chaussard, *Fêtes et courtisanes de la Grèce: supplément aux voyages d'Anacharsis et d'Antenor*, t. I, París, Principaux libraires, 4^ª ed. correg. y aum., 1821, pp. LXIX-LXXIV. Disponible en: <<https://archive.org/stream/fte-setcourtisa01chau#page/n75>>, [consulta: agosto de 2018].

Aunque la primera edición data de 1801, la estructura de la anotación de Chaussard, retomada por el conde, corresponde a la versión aquí referida. Por otro lado, no fue posible ubicar una traducción al español, por lo que es probable que el conde de la Cortina haya traducido el pasaje para adaptarlo a *Euclea*.

Pierre-Jean-Baptiste Chaussard (1766-1823), conocido como Publicola, fue un prolífico escritor francés, crítico de arte, poeta y político revolucionario; además, miembro de la Teofilantropía. Chaussard fue influenciado por *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce* (1788) de Jean-Jacques Barthélemy (1716-1795), narrativa de viajes ambientada en la antigua Grecia, y por el trabajo similar de Etienne François de Lantier (1734-1826), *Voyages d'Antenor en Grèce et en Asie* (1797), al elaborar una obra donde profundizó en la religión, las festividades, la danza, las costumbres y los usos de la antigua Grecia.



Euclea o la griega de Trieste, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 28 de noviembre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de ROSALÍA CHAVELAS PEÑA.